



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

PSICOLOGÍA DEL TERRORISMO: EL NUEVO MALESTAR EN LA CULTURA

Norman Darío Moreno Carmona

Psicólogo

Mg. Educación: Desarrollo Humano

Docente del programa de Psicología

Funlam

En el s. XIX, cuando la psicología adquiere una autonomía como disciplina científica, marca los dominios en que se especializa, construyendo métodos y modos de acercamientos a sus objetos, donde el ser humano queda supeditado a las prácticas lógicas del dominio específico, descontextualizándolo de los marcos sociales, políticos y relacionales en los que se inscribe; termina legitimando su “quehacer” en la utilización del hombre como instrumento o como objeto de su instrumento.

De igual manera vemos cómo la psicología construye instrumentos en los que el hombre es diagnosticado y evaluado en términos de adaptación a las condiciones socioeconómicas imperantes. La intervención se convierte en procesos de significación adaptativa al orden social y político. Así, retomando los elementos de análisis científico, propios del método clínico utilizado por la medicina, continúa en la línea de ver para enunciar y luego ordenar en patologías y cuadros diagnósticos. Este planteamiento permite realizar un proceso de inclusión y exclusión dentro de un marco social, ubicándose en dos polos totalmente opuestos.

Desde esta perspectiva se analizaron fenómenos y problemas a lo largo de la historia de la Psicología, que terminó especializándose en una psicología

del sujeto, de individuos. Por tanto, la preocupación por la científicidad ha desviado la reflexión por el verdadero objeto de estudio: lo humano, independientemente desde donde se quiera mirar; así, se han producido versiones parciales del objeto de estudio y ya lo humano no aparece como su pregunta fundamental, dejando de ser cada vez menos ciencia de lo humano para convertirse en ciencia de la mente, la conducta, el inconsciente...

Es aquí cuando renace la idea de lo humano en una psicología perteneciente a las ciencias humanas y no a las ciencias naturales; no se trata de seguir inmersos en la lucha entre lo objetivo y lo subjetivo que ha coartado a las ciencias sociales, ya que se debe tener en cuenta el contexto o espacio donde se dan los acontecimientos, como la manera subjetiva en que estos son percibidos por los sujetos (Bourdieu, 1998), sino, por el contrario, proponer un estudio de lo que ha quedado pendiente, a saber, el estudio de las resultantes sociales, de lo humano que, sin lugar a dudas, es condicionado por lo social, por la historia; es el estudio de las relaciones, de los vínculos sociales que establecemos los individuos, partiendo así del presupuesto de que en la psicología “la ciencia es necesaria, pero no suficiente” (Otero, J. 2000).

En tanto no se asume lo psíquico como punto de partida evidente, cabe reconocer que, desde antes de nacer ya existe una sociedad, unos padres inmersos en ese social, incluso sin haber nacido ya se es el deseo de unos padres, de un medio social y cuando se nace hay que incluirse en esa lógica de relaciones que el medio ofrece; de algún modo somos ya decididos. Lo individual es una formación consolidada desde lo social; es un modo suyo, es una resultante suya (Otero, J. 2000). Así, se trata de entender lo humano como objeto, pero a través de lo que se denominaría una Psicología de la Ciudad, pues, la Ciudad es texto a develar antes que realidad física.

Los grandes aportes de Freud tienen que ver, precisamente, con asuntos universales, que se han dado en las fronteras con otras ciencias, partiendo del reconocimiento que lo psíquico no es exclusivo registro de lo individual. El psicoanálisis hace de lo accidental un universal. Por ejemplo, antes de Freud los sueños, los lapsus, eran considerados errores, fallas, detalles sin importancia. El psicoanálisis abre esa brecha desconocida hasta entonces,

dejando a ese “todo”, “universal”, “positivo”, “normal” entre comillas, puesto en duda.

Así, para leer psicoanalíticamente hay que leer en negativo, hay que mirar en tal forma que lo que parece quitarle calidad a la obra sea lo que esconda la verdad. La clínica propuesta por Freud es, entonces, la clínica de lo normal pensado, debatido, puesto en duda, donde la normalidad se problematiza, como un modo de lo humano, no como un modo ideal. Es esta manera de proceder la que parecería coincidir con la propuesta de una clínica de lo social, en tanto se problematiza la pretendida armonía y orden que lo social impone a lo humano, dejándole cada vez menos opciones de expresión, de salida y donde el terrorismo aparece como síntoma que anuncia el malestar de dicha reclusión.

Sin pretender hacer una simplificación del asunto, podríamos atrevernos a decir que, a la manera como irrumpen las manifestaciones inconscientes en el individuo, similar efecto desorientador, cuestionador, termina teniendo el terrorismo en lo social. Y así como en la misma resistencia, transferencia, en los mismo sueños y lapsus está la clave que denuncia al trauma, se aspira que en la travesía por el terrorismo se encuentre la clave terapéutica que justifique una aproximación clínica a lo social.

Así también, lo que Freud anunciara como un malestar en la cultura, resultado de la renuncia a la satisfacción pulsional inmediata (represión), emerge hoy como una imposición que limita la emergencia de opciones diversas de ser, en un proceso constante de normalización-masificación de lo singular (reclusión).

Estudiar, por tanto, el terrorismo, es hacer la travesía por las formas en que el terrorismo se manifiesta: atentados, homicidio, suicidio, adicciones, secuestro, desplazamiento forzado, masacres, entre otras.

A diferencia de la mirada psicológica tradicional, cuyo interés se ha centrado en lo excluyente, nos ocuparemos de los fenómenos que se vuelven cotidianos, pero que finalmente recluyen lo humano, siendo el terrorismo “síntoma”, puerta de salida.

En el terrorismo los individuos plasman ilustraciones de sus inconformidades con el fin de dejar una evidencia, catarsis de lo singular. La pretendida armonía de lo social está constituida sobre el presupuesto de la fe, de creer, pero el terrorismo ataca lo social, desvincula, previene e irrumpe sobre aquello que presupone una aceptación sin duda. Crea desconfianza donde se espera una confianza plena y, aunque el homicidio, suicidio, adicciones, secuestro, desplazamiento forzado y las masacres poseen “visos” marcados de terrorismo vulgar, hay una luz en cada una de estas problemáticas en cuanto son a su vez un llamado de conciencia a la indiferencia social, que parece más terror-parálisis frente al acontecimiento terrorista como tal. También hay que decir que hay una condición diferencial del terrorismo en cada uno.

Este llamado de conciencia puede ser quizá la herramienta que emerge de la travesía por lo caótico; es decir, la clave de salida (antídoto) puede encontrarse en el mismo terrorismo, podría pensarse como el indicador de lo que sucede en lo social, en tanto indiscutiblemente presente allí.

El acontecimiento terrorista pone en “crisis” las aparentes relaciones que se dan en la actualidad, atenta contra la pretendida armonía social, los valores e ideales que se han establecido como “adecuados”, pero sobre todo atenta contra la fe y la creencia de las personas; aquello que se creía propio, continuo e inalterable, permanente y normal, aparece en escena con la etiqueta de la duda y crea otro orden imaginario, más a nivel de lo vincular que de lo relacional.

En la sociedad se buscan mecanismos que aseguren o sostengan los diversos mundos sociales (Bourdieu, P., 1998), facilitando o legitimando la presencia de cada uno de los individuos en la sociedad, siendo el terrorismo quien agencia la expresión o manifestación de diversas formas singulares.

Los acontecimientos terroristas mencionados tienen un lugar en nuestra ciudad y le dan identidad, recluyen cada vez más al sujeto, solo es pensar en la cada vez menos disposición para salir de la ciudad o para moverse incluso por ciertas zonas de la ciudad, por temor.

La Clínica de lo Social como propuesta ubica su interés ya no en mecanismos de exclusión, propios de la patología, sino en mecanismos de reclusión, propios de lo normal; aquello que resulta pendiente en la psicología tradicional, como un asunto en relación con lo tecnológico, referente a los discursos que aparecen en lo social, que demarcan unas formas que nos recluyen en formas de ser, pensar y estar, propias de la normalidad (Otero, J., 2000).

El hombre se encuentra limitado, no realizado e impedido, inmerso en un contexto que lo recluye, que encierra sus posibilidades de expresión, que determina sus acciones, sus gustos, sus preferencias, tendencias, entre otros. Hacer un acercamiento a fenómenos sociales como los antes mencionados sólo es posible superando las contraposiciones habituales entre lo particular y lo general, entre lo social y lo humano, cada uno presente en un espacio y tiempo que hemos denominado lo urbano, resultante. Posibles de entender sólo si logramos salirnos de los parámetros convencionales e incluyéndonos en lo social, reconociéndoles una condición constitutiva, dándoles un lugar en lo urbano, ya no como una simple patología desde la diferencia y la exclusión, sino como resultante. Se trata, entonces, de posibilitar una mirada distinta del terrorismo, intentando hacerle la travesía, sin prejuicios o calificativos que nos llevan a velar la real naturaleza paradójica del fenómeno, llegar a la clave diferencial que solamente opera allí.

El terrorismo no tendría que mirarse como un fenómeno aislado, sino que sería una resultante que se expresa de múltiples formas, que se hace presente como una realidad indiscutible, que se puede presentar de forma convencional, ubicándose en el orden del estallido, contraponiéndose a opciones menos reconocidas, estallidos cada vez más visibles.

La ciudad actual es un espacio de convivencia de una gran masa social dividida en pequeños grupos originarios de diferentes culturas, etnias y costumbres, que forman un tejido pluricultural que estimula y genera, gracias a la tecnología, diversidad de vínculos, donde lo humano queda atrapado en una multiplicidad de procesos sociales, económicos y religiosos que lo

encasillan y disciplinan, determinándolo, bajo unos presupuestos socialmente aceptados.

Esta reclusión del hombre en la actualidad está caracterizada por vínculos discontinuos y es por esto que quiere hacerse sentir, expresar su existencia, sus ideales y sobretodo sus opiniones. Existen múltiples formas de expresar estos procesos vinculantes, basta pensar en tantos grupos y movimientos cuyas dinámicas tienen características de guetos, también de las innumerables violencias existentes en algunos sectores de la ciudad, cuyas acciones rompen día a día, noche a noche con la aparente tranquilidad del colectivo. “...En efecto, siempre que se trata del puro vínculo, se consolida un acontecimiento terrorista; sea porque se violente el libre paso por lo relacional, sea porque se consolide un *des-vínculo*” (Otero, J., 2001).

Podría decirse que el terrorismo es posibilitado por unas condiciones, que se podrían leer en términos de la necesidad de crear nuevas formas de relacionarse que superen y vayan más allá de los simples vínculos, en donde lo fundamental e importante es la función, lo que se hace y no tanto el sujeto, el ser mismo esencial y fundamental de lo humano, de lo singular.

El hombre sólo encuentra su razón de ser en el sostenimiento de unas relaciones humanas en donde el principal interés sea la misma persona; el hombre constantemente se propicia medios que alimenten su singularidad, crea para ello una serie de ritos que reactualizan su diferencia y particularidad. Cyrulnik, B. (1994) afirma que cuando el ritual se enferma, surge la violencia que destruye y contrariamente cuando el ritual cobra vigor, sentido, cuando es dinámico, construye, permite que el thanatos se canalice hacia formas humanizantes.

Siguiendo a Cyrulnik, cada acción que el hombre realiza está atravesada por el ritual, pues el rito permite que los hombres se representen el mundo de los otros hombres, y no únicamente una representación simbólica, intelectual, abstracta, sino que es preciso que esté acompañada de la comprensión y de los actos que buscan un encuentro dialógico con el otro como alteridad. Cuando la relación mediada por el ritual desaparece, el contacto sujeto a sujeto se convierte en meras referencias impersonales, dinámicas objeto-objeto.

Por otro lado, esta sustitución de lo relacional por lo vincular o funcional, recluye cada vez más lo singular, su emergencia. Antiguamente era fundamental el encuentro con el otro, como un otro diferente y particular; en la actualidad, debido a muchos factores: demográficos, de seguridad, de tiempo, de espacio, estas relaciones han desaparecido, han sido sustituidas por objetos impersonales, producto de la técnica y la tecnología.* El contacto persona a persona ha venido sufriendo unos cambios notables. Tal vez lo más paradójico del terrorismo es que nos recuerda lo humanos que somos, que estamos vivos y que la sociedad tiene sentido en tanto compuesta por seres humanos, y no simples “objetos de uso”.

El terrorismo ha aparecido una y otra vez a lo largo de la historia, no es un fenómeno de ahora y menos en Colombia, sólo ha sufrido transformaciones que se experimentan en el diario vivir. Podría decirse entonces que el homicidio, el secuestro, el desplazamiento y las masacres son condiciones que reproducen o transforman las estructuras que sostienen y que son propiciadas por lo social, donde la violencia aparece como una forma permanente de relacionarse, con su propio discurso teórico, que lo fundamenta, legitima o condena y al mismo tiempo cuestionan o rechazan la propuesta social.

Muchos grupos al margen de la ley explican el acto terrorista como una forma de hacerse escuchar. Pero, ¿por qué se dice que lo social necesita renovación, salidas..., que sus formas se agotan, en tanto emergen las presencias terroristas? Tal vez porque el armado social se sostiene sobre su aspiración armónica y una progresiva cadena de continuidad que va haciendo de la realidad un continuo inevitablemente articulado, presuponiendo una aceptación incondicional, una confianza plena que se consolida paulatinamente como destino reclusivo que da certeza de normalidad, dejando cada vez más a lo humano con menos opciones de salida, alternativas de futuro. Y cuando lo psíquico se congela en un modelo reiterativo, acumula síntomas, pierde flexibilidad y carece de opciones de respuesta generando un creciente malestar (lo humano enfermo de su porvenir).

* Ya la leche no es llevada por un lechero con el que se establecía un diálogo y una relación, incluso que llegaba a ser muy cercana, sino que simplemente se toma de un estante en un supermercado o simplemente se pide por internet; además se puede pedir para varios días, pues ya no se descompone.

Como dice Saramago: “A nuestra civilización también se le ata para que vea en una sola dirección y solamente lo programado, tal como los hombres del mito platónico (La Caverna). (...) pero, lo que estamos viviendo no es un designio divino de obligado cumplimiento... (...) la capacidad de sufrimiento del hombre no es ilimitada (...) quizá los ciudadanos tengan que asumir que tienen un protagonismo mayor de lo que piensan...”. (Saramago, J., 2001)¹

Es aquí donde la opción Clínica de lo Social es inapelable, en tanto lo social entra en crisis, puesto que lo terrorista se impone como opción discontinua y sin nexo, apostando por el instante más que por aspiraciones de procesos que consoliden renovaciones de lo social; es una realidad indiscutible hoy, que impide a lo social armonizar, cuestiona poderes ya establecidos, desvincula y, por tanto, impone ser tratado clínicamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, Pierre, 1998. La Dominación Masculina. Ediciones Anagrama, Barcelona.
- CYRULNIK, Boris, 1994. ¿Es creadora la violencia que destruye? En: Los alimentos afectivos - Violencia, incesto. Nueva Visión.
- FOUCAULT, Michel, 1996. Tecnologías del yo. Ed. Paidós Ibérica S.A., Barcelona.
- OTERO, Joel, 2000. Hacia una Psicología de la Ciudad. Revista Ciencias Humanas. No. 5. Universidad de San Buenaventura. Cali.
- OTERO, Joel, 2001. Hacia una mítica del terrorismo. Mimeo Facultad de Psicología, Universidad de San Buenaventura, Cali.
- SARAMAGO, José. Conversación con Germán Castro Caycedo. Reportaje periódico El Tiempo, 21-02-2001, Bogotá.
- SARAMAGO, José. Reportaje periódico El Tiempo, 25-02-2001, Bogotá.

¹ Saramago, José, Conversación con Germán Castro Caycedo, periódico El Tiempo, 21-02-2001